

## Condiciones laborales

**Daniel G. Domínguez**

—¿No crees que hace un poco de calor aquí? ¿Se les habrá roto la ventilación?

—Que va tío, esto ha sido siempre así. ¡Y cualquiera le dice nada al jefe!

—Ya... Supongo —dijo mirando a las paredes, pintadas de rojo.

—Además, con los tiempos que nos ha tocado vivir y como está el panorama ahí afuera, como para perder el puesto de trabajo estamos...

—Tienes razón... ¿Sabes? Supongo que lo que me pasa, es que nunca pensé que acabaría trabajando en un sitio como este...

—Tú, ni ninguno de los que estamos aquí. Pero es lo que hay...

—Pues sí, mejor esto que ser una de las pobres almas de ahí afuera.

—¿Qué tal va tu primer día? ¿Te vas adaptando a tu nuevo puesto?

—Bueno, como bien has dicho, no me queda otra así que... El problema es que no sé muy bien qué es lo que tengo que hacer. Además nadie me ha hablado de las condiciones laborales.

—¿Condi qué? ¿Estás hablando en serio? Olvídate de cualquier ventaja muchacho... Aquí dentro eres el último escalón en la cadena alimenticia. Acabas de llegar y para tu desgracia en este sitio no contratan becarios... Aun así, ¿qué dudas tienes?

—No sé... El sueldo, la edad de prejubilación, los días festivos, que vacaciones me corresponden, mis labores diarias, etc... Vamos, lo normal supongo...

—Jajajajaja, ¡pero dónde te has creído que estás tío! Jajajaja, de verdad colega, eres La Leche. Voy a pasarlo muy bien contigo compañero. A ver, cómo lo diría yo... Aquí el único que se ha prejubilado ha sido el jefe, y aún así se dedica a hacer la correspondiente entrevista a todo el que entra. ¿Días festivos? Olvídate de ellos. ¿Vacaciones? Olvídate de ellas. En cuanto al sueldo será mejor que te vayas conformando, con la satisfacción de haber hecho un buen trabajo al final del día.

—¿Al final del día? ¿Quieres decir que no tenemos horas libres?

—De eso nada, no las tenemos. Con respecto a tus labores diarias, simplemente se reducen a confirmar la entrada de todo el que llega, y gestionar su traslado a su debido habitáculo. Dime, ¿qué currículum traes?

—Pueees, verás... La cuestión es que no he traído ninguno. No sé por qué estoy aquí —Jose Luis sintió como el clima en general, se incrementaba un par de grados.

—¿No te estarás quedando conmigo? Me refiero a cual es tu currículum, que qué has hecho en toda tu vida para acabar en estas oficinas, esto no es algo que ofrezcan a cualquiera. Mira, el que está al fondo del pasillo es un asesino en serie, llegó a conseguir 53 víctimas, es jefe de planta. La que está en el cubículo del centro en la jefa de sección, mató a 30 de sus amantes. El resto, simples trabajadores como tú y yo, son en su mayoría ateos, masturbadores en potencia, cacos de tres al cuarto, miembros de otras religiones, mentirosos compulsivos, políticos, etc...

—¿De verdad? ¿Todos los que estáis aquí tenéis ese currículum?

—¡Pues claro tío! Creía que lo sabías... Pero, ¿entonces la entrevista?

—Eso es lo que quería comentarte antes. No he visto al jefe, nadie me la ha hecho.

—¡Ostras! ¡Pedro la ha vuelto a cagar! Si es que es normal... Mira que está viejo el pobre hombre. Ese sí que necesita ya una jubilación... Menudo marrón, lo siento colega.

“Atención, atención. José Luis Alcántara López, acuda a la oficina del jefe inmediatamente” —sonó por megafonía.

—¡Ay madre! ¿Ese eres tú verdad? Yo que tu no le haría esperar. —Daniel señaló hacia el pasillo— Coge el ascensor. Planta sexta, pasillo seis, puerta número seis.

José Luis se levantó de su silla como si llevara un resorte en el asiento. Anduvo a paso acelerado bajo la atenta y furiosa mirada de la jefa de sección. Comenzaba a sentir verdadero calor. Cuando llegó al final del pasillo, el jefe de planta le dedicó un gruñido, que le hizo dar un pequeño salto, dándose más prisa si cabe en llegar a su destino. Una vez dentro del ascensor, pulso el botón de la sexta planta. Al cerrarse las puertas, el interior del habitáculo se tornó de un rojo muy oscuro. Le empezaban a caer gotas de sudor por su frente, las manos le sudaban y sentía como la ropa se pegaba a su cuerpo. Maldita ventilación, pienso poner una queja... pensó conforme se agobiaba un poco más a cada segundo que pasaba. Las puertas se abrieron de par en par, aún así no llegó el aire fresco que esperaba, sino todo lo contrario, hacía mucho más calor.

Seis pasillos rodeaban el ascensor. Vio que estaban perfectamente numerados en la parte superior de cada uno, el número seis se encontraba enfrente de él. Reanudó la búsqueda del despacho del jefe. Se encontraba muy pesado, era como si la atmósfera de aquel lugar estuviera sobrecargada, estaba totalmente empapado. No supo calcular la longitud del pasillo, pero tras una especie de vapor que salía del suelo, pudo ver al final lo que le pareció una puerta. Sólo una, tenía que ser esa. Cuando le quedaban unos cinco metros para llegar, sentía que algo le hacía ir más lento, echando un vistazo al suelo, se dio cuenta que era la goma de sus zapatos, derritiéndose poco a poco, conforme iba avanzando. Una vez llegó, golpeó con el nudillo —modales ante todo— pidiendo permiso para entrar. Tuvo que retirarlos rápidamente, la puerta estaba hirviendo.

Un sonido estruendoso vino del otro lado. Tapó sus oídos para intentar mitigarlo sin éxito alguno. Creía que la cabeza le iba a explotar, pero de repente cesó. Un instante después, oyó un ligero carraspeo.

—Ejem, ejem... Perdona, a veces olvido cambiar la voz al “modo humano”, mis disculpas. Pase, pase, la puerta está abierta. —Y la puerta se abrió de golpe de par en par— Tome asiento. Mi nombre es Belial, jefe del Edificio de Administración número trescientos trece.

José Luis se sentó, aunque empezó a arrepentirse en cuanto lo hizo, ya que el asiento estaba casi al rojo vivo. Pensaba que no podía sudar más, pero se sorprendió a sí mismo con una pequeña oleada de líquido proveniente de su cuero cabelludo.

—Señor. Quiero hacer una queja formal sobre el estado de la ventilación de este lugar.

—¿Qué vas a hacer qué? —Belial levantó una mano, varias llamas surgieron de las paredes, cubriéndolas por completo— Ehm, las cosas no funcionan así amigo... ¿Cómo has llegado a las oficinas?

—Pues no estoy muy seguro... Vi a un hombre mayor que me hizo firmar un documento y aparecí a las puertas del edificio...

—¡Joder con Pedro! ¡Ya la ha vuelto a liar! Será posible... ¿Lleva el documento consigo?

—Claro, justo aquí... —dijo sacando un papel mojado del bolsillo trasero de sus pantalones.

Belial desdobló el documento con sumo cuidado, y entre toda la tinta corrida pudo identificar el sello.

—¡Lo sabía! ¡Otra vez se ha confundido de formulario! La madre que lo parió... Anda por favor, suba a la planta diez mil y dígame de mi parte que no vuelva a confundirse o la próxima subiré yo mismo en persona.

El fuego de una de las paredes se apagó y una compuerta se abrió mostrando un ascensor como el que había cogido antes. José Luis sin pensarlo dos veces entró en él y pulsó el único botón disponible. Planta diez mil. Las puertas se cerraron y comenzó a ascender de forma vertiginosa. La luz roja pasó a ser blanca, para después volverse de un tono azulado. El calor se marchó dando paso a una ligera y fría brisa, mientras subía a gran velocidad y de repente... paró en seco. Se golpeó primero la cabeza con el techo, después cayó de bruces contra el suelo. Las puertas se abrieron.

Pedro vio a José Luis desde su caseta, salir dando traspies del habitáculo. Se llevó una mano a la cara soltando un profundo suspiro.

—Uuuuf, he vuelto a confundirme de formulario, ¿verdad?

—Pues sí, mire usted... —dijo indignado.

—Perdone, perdone, últimamente ya no sé dónde tengo la cabeza... Firme aquí y aquí —dijo señalando dos casillas en blanco—. Como recompensa, he decidido darle una de las mejores asignaciones...

Pedro selló el documento con firmeza. José Luis pestañeo y para cuando abrió los ojos, se encontraba sentado en una silla de oficina, frente a un escritorio. Todo el mobiliario era de un blanco cegador.

—¡Buenos días amigo mío! —respondió su nueva compañera, con una voz dulce y aterciopelada.

—Ehm, buenos días...

—Es agradable ver nuevas caras por aquí, ¡pronto sentirás cómo la felicidad llena tu ser!

—Creo que la calefacción está estropeada... ¿No hace un poco de frío aquí?

—Oh, para nada, siempre ha sido así, el Señor nos obsequia con el frescor de un nuevo día por toda la eternidad. ¿No es maravilloso?

—Pues a verdad es que... ¿Qué condiciones tenéis en la oficina?

—¿Condiciones dices? ¡No las necesitamos! Es un placer trabajar para la gloria de Dios durante las 24 horas los 365 días del año! ¿Se puede tener algo mejor?

—¿Me puedes decir dónde está el despacho del jefe? Creo que voy a presentar una queja formal por lo de la calefacción...